



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12733

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 21 DE ABRIL DE 1904

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

## Vuelta á las andadas

A juzgar por las impresiones que refleja la prensa liberal, la excursión de Maura á Cataluña, acompañando al rey, ha hecho resurgir lo que había sido anatematizado por todos en todas ocasiones: el catalanismo.

¿Pero es que eso es bueno? Lo que tiende á desunir y sólo se resigna mediante concesiones ¿puede merecer confianza?

Respondan por nosotros los primates del partido liberal, entre ellos el señor Moret, que en un folleto hace años publicó un probolista hasta la evidencia que catalanismo y separatismo son sinónimos.

Desde que se perdieron las colonias y aun desde antes de perderse, nos ha ofrecido dicha agrupación una serie de espectáculos contra los cuales protesto siempre el país. Recuérdese las manifestaciones y los vitores en honor de una escuadra extranjera; los milicias en que se hablaba de todo y sobre todo y en los que se decían frases de dudoso gusto; lo ocurrido en ocasión de celebrarse en época reciente unos juegos florales y las múltiples descortesías que se han realizado en sitios y ocasiones distintas con el emblema nacional.

¿Estaba muerta esa tendencia, como se asegura? Pues ha sido insignificante reavivarla, por que en Cataluña no se contentara con medias concesiones; las exige íntegras, desde la autonomía del municipio a la de la región, desde la protección a la industria hasta la autonomía económica. De eso a que pida la autonomía política, apenas hay un paso.

¿Será que las cosas se enderezan por ese camino y lamentamos que no haya sido aprovechada la terrible lección que hace pocos años nos dio la experiencia.

Entonces también se hablaba de autonomía, ceñiéndose con esa palabra distinto pensamiento.

¿Será verdad que somos unos desdichados?

## LA MUERTE

...Allí donde las cosas parecen nacer sin esfuerzo... como en una caricia

¿Queréis que visitemos los cementerios en una de estas tardes... ¿Cómo?... En primavera...

La visita á los muertos ha de hacerse en Noviembre, con las lluvias y los primeros fríos del otoño, con los vientos que desmenuan los árboles, arrancándoles las hojas amarillas.

Amigos míos: la visita á los muertos debiera hacerse en primavera. Un inglés, Lradadio Hearn, se bñda para guía. ¿No lo seguimos?

Delante de nosotros se tiende un cementerio—un cementerio del Japon.

Transpongamos las escalinatas, franquemos los pórticos; sin detenernos ante los fantásticos relieves tallados en la piedra; deslicémonos descalzos, cumpliendo con el rito, al penetrar en el jardín, porque este cementerio es, sobre todo, un jardín público.

No hay puertas. ¿Sentís el fresco? Cobren vuestras cabezas las copas gigantes de los cedros milenarios. Su bóveda opaca llena el suelo de dulce penumbra; la luz es tenue, azulado, crepuscular. De pronto una sorpresa: al salir, agitando de objetos confusos: brujas doradas, vasos de extraordinarias formas, tesoros de altar, enigmáticas letras grabadas en oro.

Pero nada es solemne, ni adusto, ni trágico.

Los niños juegan y las madres con ellos, y charan alegremente con las madres los sacerdotes de Budha, custodios del jardín y de sus templos.

Volved la cabeza. ¿No véis una estatuita de Budha bañándose en una cubeta? Una mujer da á un sacerdote una pieza de cobre, toma de la cubeta una cucharilla de agua y un poco del té que sobrenada en ella. Baña con el líquido la imagen del gran sabio, y luego da á su pequeñuelo de beber con la cucharilla.

Acá, sobre un pedestal bajo, se alza una

campana que tiene la forma de un puchero invertido.

El sacerdote la golpea con un martillo, pero la campana no responde sino con voz cascada y bronca.

¿Qué ocurre? Sorprendido el sacerdote, se inclina, mira al fondo, se inclina del todo, y saca un bebé con ojos espantados y lo levanta en brazos.

El religioso, la madre y el niño se echan á reír abiertamente.—Y nosotros, sin querer, les imitamos.

No olvidemos que nos rodean los monumentos funerarios.

Son listones de madera que llevan en sus entalladuras inscripciones; una nos revela el nombre del muerto; otra, el de su familia; otra dice: «Para llegar á la Budheidad».

Por último, hay una sentencia en caracteres sánscritos, que no comprenden ni los sacerdotes que efectúan los ritos funerarios.

¡Oh, también hay monumentos de piedra! Con inscripciones de colores negro y oro, talladas en letras japonesas. Junto á copas de bambú llenas de flores, hay innumerables estatuillas de Budha, ya en actitud de meditar ó de exhortar, ya dormido y sonriente.

Aquí dos zorros de piedra simbolizan al dios del arroz, que pertenece á la mitología del Shintoísmo nacional, enlazado amorosamente con la piedra budhista. Un monumento muestra la imagen de Jizo, el dios tutelar de los muertos muy jóvenes. Imposible pasar sin detenerse.

Está dulce fantasma de blanca piedra es más suave que un sueño de Leonardo de Vinci.

Es un adolescente que entorna los párpados y sonríe con sonrisas que sólo ha podido crear el arte budhico, con sonrisas de infinita ternura y de piedad suprema.

¡Mirad! En uno de estos sepulcros figura un nombre inglés y hay una cruz esculpida en piedra. ¡Oh, bienhechora tolerancia de Budha!

En uno de los templos nos enseñará el sacerdote sus «Kakemonos».

¿Os gusta el arte japonés? ¿No habeis soñado nunca vosotros, escritores, con una prosa límpida de pronombres, de conjunciones, de artículos y de preposiciones, con una prosa en que angiera cada palabra una imagen, libre del vil casaca con que ensuciamos nuestras ideas al revestirlas con vocablos sin valor?

Así la pintura japonesa multiplica deta-

lles hasta el infinito del maris, pero suprímeme radicalmente cuanto no afecta al pensamiento que se trata de expresar y que copian nuestros artistas occidentales porque lo ven los ojos.

¿Pero qué importa lo que ven los ojos si no es digno de que el espíritu lo vea?

Contemplemos el «Kakemono». Es un cuadro decorativo. ¿Su asunto? Un jardín en la orilla de inmenso lago azul; forman el jardín artificiales paisajes de grutas y cascadas, estanques de nenúfares, árboles cubiertos de su nieve florida, puentes esculpidos, pabellones frágiles, que se bañan en el azul tranquilo de las aguas.

Y luego, una ideal arquitectura alzándose en los aires, con mil castillos de ligera y nacarada transparencia.

Y luego, jóvenes mujeres japonesas que juegan con las flores del loto y suscitán de los capullos oprimidos el nacimiento de almas llenas de bendición por nacer de las flores.

La cabeza de esas mujeres se envuelve en una aureola. Estamos en el Paraíso, no en la tierra.

El «Kakemono» representa el Paraíso. ¿Pero ese paraíso se parece demasiado á la tierra!, exclaman los japoneses con increíble sonrisa.

Y á esto contesta nuestro guía, el escritor Lradadio Hearn:

«¡Dichosos los pueblos á quienes no espartán los dioses que se han creado!»

Y, además, ¿no es un paraíso aquella tierra japonesa?

«¿Cuál? ¿Qué hebras hogueras donde el menor objeto es obra de arte que angiere sensación de belleza y parece nacer sin esfuerzo... como en una caricia?»

Amigos míos: si alguna vez habeis presenciado una lección de baile, de seguro os sorprenderá el cuidado con que velaba el profesor por que la discípula conservara la sonrisa al través de todas las piruetas. Y la buena bailarina es la que, á pesar de la fatiga, de la tensión nerviosa y á veces del peligro, sonrío siempre, siempre, mientras el público la mira.

Pues existe un pueblo, formado en esta educación de bailarina, donde son ridículas las expresiones del dolor.

Esa vanidad con que los europeos ponderan en sus charlas sus miserias, al punto de que si os quejáis de un dolor de cabeza no hay interlocutor que no os jure que su cabeza está medio deshecha, es desconocida en el Japon.

Este arte trágico de Europa, necia apoteosis del sufrimiento, es allí justamente despreciado.

Y, sin embargo, si sentís un dolor y, por ventura vuestra, contáis en vuestras intimas amistades con la de un japonés, os digo que no tardéis en verlo.

Se burlará con la eterna sonrisa de su vida, de su arte y de sus cementerios, de la pena vuestra; heridos en el amor propio, no dejaréis vosotros de sonrío, y tan pronto como la sonrisa aparezca en los labios, sentiréis que el dolor se os alivia.

¿Es que los japoneses son insensibles? Todo lo contrario; es que saben disciplinar sus emociones, es que saben sonrío.

Cuando muere en el Japon un pariente querido, se celebran gozosamente los funerales en las casas de té. Es que han averiguado hace ya muchos siglos lo que nosotros tardaremos aún en aprender: que no hay derecho á entenebrecer la vida de los otros convirtiendo nuestro dolor en espectáculo que son pocos los dolores que resisten á la firme voluntad de no sufrirlos, y que cuando son fuertes los dolores y débil la voluntad que ha de luchar contra ellos, todavía es posible la sonrisa en esos jardines cementerios donde los pájaros, tesureros, saturan el espacio de sus trinos gozosos.

Estas ideas capitales han hecho del Japon un paraíso.

Para defendérselo contra la barbarie bárbara de Europa, diestros que organizamos aquel pueblo de artistas en una obra artística.

¿Y no es verdad que hasta en la guerra conservan la sonrisa esos oficiales japoneses que ante los ejércitos aliados de Europa hicieron en 1900 la campaña de China sin quitarse los guantes blancos de las manos? ¿No es verdad que el relato de las victorias japonesas parece un cuento de hadas? ¿No es verdad que preparan sus estrategias marítimas, y siembran el mar de minas submarinas, y conducen al enemigo donde quieren, y hacen volar acorazados con la delicadeza con que los dedos ágiles de una doncella llevan los hilos de un juego?

Así mata ese pueblo de artistas, organizando luego procesiones amables en honor de los muertos.

Así mata... enseñándonos á matar limpiamente, sin renocer ni jactancia, por necesidad.

Y pronto veremos cómo mueren, sin ayes, sin quejidos, dulcemente, sin que las balas interrumpen la divina y risueña me-

la felicidad de la familia de Juan Castelnau y los ruines perdidos que llegaban á Pouilly de lo que ocurría en la capital, se parecían á un eco lejano, cuyos sonidos no pueden distinguirse.

tenia bastante con la felicidad de ser esposo de Rosita cuya sonrisa le remuneraba con tanta elocuencia todo lo que hacia por ella.

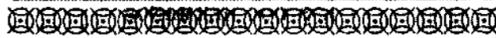
Los niños por su parte, le salían al paso á su vuelta del trabajo á poner bajo sus manos los risos de sus pelucas, que acariciaba con efusión, reboando su pecho de alegría y ternura.

Los domingos despues de misa se iban gozosos al monte, y toda la familia reunida pasaba el día alegre en el mugo, á la orilla de una fuente, manantial abundante que brotaba con audible ruido de entre las raíces de una añosa haya largo tiempo respetada por el hacha del leñador que hace algunos años existía aun.

El padre se sentó al lado de Rosalia, respondía á las preguntas de los niños les aplicaba los mejor que podía las maravillas de la naturaleza y tomaba parte en sus juegos, contemplándolos Rosa con ojos en que se retrataba la mas dulce y amorosa satisfacción.

El paseo del domingo se dirigió algunas veces del lado de las viñas ó de los sembrados y Juan Castelnau orgulloso y feliz con los resultados de su trabajo aprovechaba, enseñaba á sus hijos que es el trabajo donde se debe basar el bienestar.

Las conversaciones políticas pasaban sin quebrantar



El soldado le encontró á su vuelta guardando sola la casa que la muerte había visitado, y esperándole en el silencio de la resignación que el cielo pulsara en á su aislamiento y á su tristeza.

El buen muchacho lloró la falta de sus padres, á quienes había amado tanto, y luego tendiendo la mano á Catalina, la dijo:

—Nosotros nos compondremos como Dios sea servido, ¿no es verdad? Dime, ¿quiereis que nos basemos?